

## XXVIII

—¡Mis buenos amigos!—exclamó el general al ver entrar á los dos jóvenes en el restaurant Voisin, donde ya estaba esperando.—Os doy ejemplo de exactitud. Llegais con tres minutos de retraso.

—Siempre joven, mi general—dijo de Tresmes.

—No estoy mal, lo confieso. La estancia en Bel-Air me prueba bien. Y vos, ¿trabajais mucho? no se os vé por ninguna parte.

—Considerablemente, mi general. No dormimos.

—Y os divertis tambien. Sed franco y no useis de subterfugios. Teneis que venir á Bel-Air. Supondreis que aquello no estará triste, sobre todo desde que la condesa lo habita. Las mujeres hermosas tienen el privilegio de embellecer todo lo que tocan.

—¡Sí, con un poco de dinero!

—Amigo de Tresmes, os quiero mucho, pe-

ro no os ocultaré que teneis un grave defecto: el de despoetizarlo todo. Debeis tratar de corregiros.

—Mi general, tambien el dinero tiene su poesía. Yo quisiera veros con quince luises en el bolsillo y tener que pasar con ellos otros tantos días.

—¡Quince luises! Sois un sibarita, un Creso. En mis tiempos, los padres casaban á sus hijos señalándoles mil escudos de renta y sin entregarles el capital. Algunos más ricos—hablo del mio—nos concedían generosamente una pensión de cien luises.

—¿Al mes?

—Al año, y no había más remedio que conformarse.

—Pero en aquellos tiempos los jóvenes concentraban fácilmente quien les adelantase dinero sobre su futura herencia.

—De ningun modo. Vivían con poco y vivían mal; pero, qué diablo, vivían. Es verdad que las chuletas costaban mucho más baratas que hoy. ¡Mozo!

—¿Mi general?

—Traednos dos botellas de Saint-Julien, tres docenas de ostras, un consommé dos lenguados fritos, dos perdices asadas y un buen trozo de solomillo. Hay que cuidar á los jóvenes. ¡Ah! no te olvides de las patatas frias. Ya veremos despúes lo que tomamos. ¿Os agrada el *menu*?

—Excelente, mi general,—dijo de Tresmes—pero me permito advertiros que pronto, si seguís así, dareis al traste con nuestra pensión de cien luises, ¡Parece que no habeis pedido nada y ya teneis lo menos por valor sesenta francos de comida!

—Antiguamente eso mismo no costaba arriba de seis escudos. ¡Seis escudos pequeños!

—¿Y qué tal estabais de conquistas en aquellos tiempos.

—¡Ah! Sobre este particular confieso que se ha adelantado mucho. Cuando yo era teniente había muchas mujercitas que andaban por las calles con sus cajas de carton bajo el brazo, sus cofias de tela en la cabeza, unos vestidos muy cortos y unos zapatitos de extraordinaria solidez. Estas jovencitas, algo ligeras de cascos, eran generalmente muy bonitas, muy frescas y muy alegres. Se las conseguía fácilmente siempre que se las tratase con cierta delicadeza, por ejemplo, regalándolas una sortija de veinticinco francos, un chal de treinta, ó una falda de percal de treinta sueldos la vara. Mediante estos obsequios, aceptaban, sin escrúpulos una cena en casa de Yefour ó en el *Rocher de Cancate*, que solía terminar con la aurora.

Hé aquí las locuras de nuestros buenos tiempos, y volvíamos á ver con gusto aquellos sonrosados rostros que habíamos tenido la satisfacción de besar una vez.

Hoy no sucede lo mismo. Se galantea á una señorita empolvada y cuidadosamente pintarrajeada y vestida con estrambótico lujo. Ya no se busca la mujer, sino el lujo en el vestir: ya no se persigue el placer del amor sino las deplorables satisfacciones de la vanidad. Cuanto más larga llevan la cola del vestido, se hacen pagar más caras. El mérito se tasa en razón del lujo de la persona. El talento no se cuenta y la hermosura no vale para nada.

Yo he preferido siempre la estatua al pedestal, y la mujer á sus galas.

—Todavía callais algo, mi general. En las provincias donde había guarnición, por ejemplo, encontrábanse seductoras burguesas que valían tanto como las modistillas, cuyos encantos habeis elevado, y se cuentan, sobre este particular, muchas anécdotas de las que fueron afortunados héroos muchos de vuestros contemporáneos.

—Es posible. He oido hablar varias veces de ello pero jamás tuve ocasión de averiguarlo por mí mismo. Nunca he envidiado el bien del prójimo. Siempre he juzgado malo todo placer que envuelva ó pueda complicarse con un delito. Y á decir verdad, no he gustado jamás de esas aventuras, en que el amante desempeña un papel ridiculo ó más bien odioso. Cuando me pretendido á una mujer me he reservado siempre el derecho de arrojar por la ventana al intruso que pretendiese arrebatármela. Convendréis conmigo que esta hazaña está fuera de cuento con el legítimo esposo. No sería nada caballero el robar á un hombre y apalearle después. Es una acción repugnante. Siguiendo estos axiomas, no he cazado nunca en propiedades particulares, y lo he hecho únicamente en terrenos vagos y sin dueño. De este modo no he enfadado á nadie; al contrario, he dejado á casi todas las pobres muchachas que me ofrecían su juventud y hermosura, un grato recuerdo.

De Tresmes lanzó á Roberto una mirada expresiva que le hizo inmutarse.

Llegaron al solomillo á través de esta conversación, parecida con seguridad á las que

se tienen en casa de Voisin desde las siete de la tarde hasta las diez de la noche, á no ser que los parroquianos se entretengan con sus esperanzas ó sus decepciones, consultando el variable é inconstante termómetro de la política, porque bueno es decir, que el restaurant Voisin es el sitio de cita de todos los políticos y altos funcionarios en disponibilidad.

De pronto, de Tresmes, dejando sobre la mesa su copa donde brillaba un excelente vino color de topacio, dijo al anfitrión:

—Mi general. Examinad un instante la fisonomía de Roberto.

—¿Por qué?—dijo extrañado el conde.

—¿No notais nada extraordinario en ella?

—No.

—Es que no poneis en juego toda vuestra perspicacia.

—Esperad. Me parece que tiene algo sangui-nolentos los ojos.

—Roberto tiene una pena muy grande.

—¿Diablo! ¿Y de qué naturaleza?

—¿De qué naturaleza queréis que sean las penas de un hombre de su edad, que es capitán de estado mayor, que está condecorado, favorecido por vuestro patrocinio y en buena amistad con el ministro?

—¿Qué fastidioso sois, de Tresmes, con vuestras adivinanzas!

—¿De amor, mi general, de amor!

—¿Bah! Esas penas se pasan solas, á no ser que la dama que las ocasione no tome también su parte. ¿Qué queréis que yo haga contra esa enfermedad?

—Mucho. El ministro es amigo vuestro.

—De lo que me congratulo. Un antiguo

amigo y una excelente y digna persona. Como ya quedan pocas.

—Es necesario ir á su despacho.

—Cosa fácil:

—Y decirle: querido camarada, yo tengo un hijo que me da mucho que hacer. Es un moçeton tremendo que se ha enamorado de una presumida que no le hace caso.

—¿Una presumida! ¿Es posible! ¿Y decís que no le quiere?

—Dejémosles á ellos. Vos continuareis. Este muchacho me inquieta y quiero distraerle un poco. El mejor medio es hacerle viajar. Confíadle alguna misión para el país que más os plazca, la Turquía me parece bien, excelentes las Indias, magnífica la América del Sur y mejor aún el mismísimo Japon. Es un muchacho trabajador que cumplirá con creces la misión que le confiéis y se hará digno de vuestra protección; pero... firmad la orden de partida. Se está consumiendo por la vecindad de un volcan y este es el momento de mandarle fuera, si no se quiere que arda como una cerilla.

—Perfectamente. Y cuando haya terminado ese discursito, el...

—El ministro—continuó de Tresmes interrumpiéndole—tomará la pluma y os desembarazará de este triste y melancólico convidado. El ministro tiene siempre necesidad de un centinela avanzado, y Roberto será de gran utilidad á su país doquiera que le destinen.

El conde examinó un instante, en silencio, la fisonomía ya respuesta de Roberto, que hacía señales de aprobación á la plática de su amigo.

—¿De modo—le preguntó el conde con tristeza—que estás decidido á dárjarnos?

—A vos, no, mi general; pero á París, sí. Solo por algun tiempo.

—¿Amas, sin duda, mucho á esa mujer?

—Lo que deseo es no encontrarla en mi camino. Después, más tarde, ya no le temeré y podré verla sin pena y sin dificultad.

—¿A qué punto prefieres ir?

—Me es indiferente, con tal de que sea lejos.

—¿Nos escribirás?

Roberto dirigió al general una mirada de admiración profunda, por su inalterable bondad.

—Muy á menudo—contestó.

—¿Nos confiarás la causa de esa pena, que espero terminará pronto?

—Si así lo deseais....

—Llega uno á persuadirse de que las penas del amor son eternas, y sin embargo á la primera carita fresca y sonrosada que se encuentra cerca de una fuente, ó de la pila de agua bendita, á la primera Gretchen, Inés ó Fanny que se nos presenta, suelen desaparecer como esas bandadas de pájaros que vienen del Norte los inviernos, haciendo un ruido de mil diables sobre nuestras cabezas, y vuelven á perderse entre las nubes, sin que jamás volvamos á ver su raquítica espátula ó sus alas verdes ó azules.

Dispensad, mi general, se los suele volver á ver algunas veces.

—Sí, pero no á los mismos.

En aquel momento el camarero presentó la cuenta.

El general la examinó ayudado de sus lentes.

—Es algo caro este figón—objetó el conde.

—¿Por qué volvemos á él?

—Opino como vos, mi general—manifestó de Tresmes.—No sé por qué venimos.

—Ni yo tampoco—dijo el general—sin duda por costumbre.

A la salida del restaurant siguieron por el boulevard hasta cerca de la calle de Courcelles, donde se despidieron de de Tresmes.

Una vez solos, el general con voz alterada por la emoción, preguntó á Roberto:

—Lo has pensado bien. ¿Estás decidido á marcharte?

—Sí, mi general.

—Yo arreglaré ese negocio con el ministro. ¿Y va á ser por mucho tiempo?

—¿Tal vez!—dijo Roberto con tristeza.

—¿Por qué no me cuentas tus penas?

—¡Ah! No tengo ni aún el valor de hablar de ellas.

—¿Ni aún á mí?

—Me avergüenzo de mi cobardía y debilidad. No puedo luchar contra esa pasión que me domina y no puedo desear.

—¿Está enterada Gabriela de tus planes?

—¿Por qué darla ese mal rato?

—Por el interés que por tí tiene. Las mujeres saben curar las heridas y cuidar á los enfermos!

Roberto trató de sonreír.

—Ya lo sé; pero aun no tengo precision de ir al hospital. Esta noche parezco más triste de lo que en realidad estoy. No os aflijais, mi

general; mis penas no lo merecen. Ya pasarán.

Al llegar á la puerta del hotel, el conde se separó.

—¿Amabas mucho á esa mujer? — le preguntó.

— El joven hizo un esfuerzo para dominar su turbación.

— ¡Oh, sí! — murmuró.

— ¿Ha sido ella quien ha deseado el rompimiento?

— Sí.

— Tanto mejor. Los hielos del Neva son únicamente buenos para los patinadores trineos de aquel país, y no se avienen mucho tiempo con nuestro sol del mes de Junio... Te consolarás, seguramente, más pronto de lo que piensas y creo que no hay necesidad de que vayas á China ó á las Indias; Italia ó España bastarán para el fin que nos proponemos. Ya arreglaremos eso á mi vuelta.

Jacobo Farin esperaba en el vestibulo con los equipajes.

El fiel ayuda de cámara tomó un coche de punto, acomodándose él y las maletas en el pescante y Roberto y el general en el interior del vehículo.

El cochero castigó con brío al caballo y á las diez y cinco minutos, estaban nuestros héroes en la Estación de San Lázaro.

Jacobo fué á tomar los billetes, mientras Roberto se despedía del general abrazándole cariñosamente y deseándole un feliz viaje.

Después de separarse, el conde seguido de su asistente entró en la sala de espera.

Un criado con librea obscura que parecía un

honrado ayuda de cámara de una familia burguesa se acercó respetuosamente al general, diciendo:

— ¿El señor general de Branville?

— Yo soy.

— Tened esta carta que me han encargado os remita.

— ¿Hay contestación?

— Ninguna.

El general examinó el sobre é iba nuevamente á interrogar al mensajero acerca de la procedencia de la carta, pero ya este había desaparecido.

Quando el general se quedó solo, se sentó en uno de los canapés de la sala de espera y como tenía aún algunos minutos de qué disponer, rasgó el sobre y contempló un instante aquella misiva.

Era de letra desconocida y, con profunda estupefacción el general leyó lo siguiente:

«Señor conde:

«Una persona que desde hace mucho tiempo está acostumbrada á veneraros como al prototipo del honor, no puede ver sin indignación la injuria, inferior á vuestra honra.

«Cegado por la bondad que os caracteriza, no sospechais nada de lo que sucede en vuestra casa.

«El amigo desconocido que os escribe, cree deber advertiros del escándalo, ya público, que en vuestra morada se está cometiendo.

«La indigna mujer que habeis levantado hasta vos por un inesperado matrimonio, os engaña, y añade á esta insolente acción la mayor de las ingraticudes.

«Si quereis tener la prueba de mis afirma-

ciones, volved esta misma noche á Bel-Air, sin advertir á nadie, y os convencereis de que quien os escribe está mejor infomado, ó vé más claro que los ojos que pueden tener interés en este descubrimiento.

“UNO DE VUESTROS MEJORES AMIGOS”

El conde estrujó con rabia la carta.

—¡No tiene firma!—exclamó.—¡Mentira y cobardía!

Impulsado por la ira iba á hacer pedazos la denuncia; pero de pronto cambió de parecer.

—¡Buen papel, bonita letra! ¡Quién diablos será el autor de este anónimo!

—¡Señores viajeros para Nantes, Evreux, Pont-Leveque y Trouville, al tren!—gritó el empleado de servicio.

El general no se movió de su asiento.

—¿De qué medios—pensaba—me valdria para descubrir al autor de semejante infamia!

Y recorria, sin poder apartar los ojos, aquellas letras, que parecian bailar ante él la zambanda de la calumnia.

Sin embargo, no creía una palabra de aquella inesperada revelacion, que caía á sus pies como si fuera un rayo.

Aquella deshonrosa invencion le inquietaba á pesar suyo.

—¡Señores viajeros, al tren!—gritó de nuevo el mozo de estacion.

El general continuó inmóvil.

—¿No os marcháis, caballero?—preguntóle el mozo.

Aquella invitacion le hizo volver á la realidad.

A una ligera señal de su amo, Jacobo se adelantó con las maletas depositándolas en un co-

che de primera clase, donde ya estaban instalados otros dos viajeros.

El general plegó cuidadosamente el anónimo y le guardó en su cartera, despues de acomodarse en el vagon.

—¡Pobre Gabriela!—pensó.—Tu honor no está al abrigo de las calumnias de un mundo que nada respeta.

La locomotora lanzó un agudo silbido anunciando la salida, los vagones se pusieron en movimiento y el tren pasó bajo el puente de la plaza de Europa con retumbante estrépito.

## XXIX

Después de dejar al general, Roberto se dirigió rápidamente hacia la plaza de San Agustín.

En la esquina de la calle de la Pepinière esperaba el ordenanza del teniente, teniendo de la brida un magnífico caballo, negro como la noche, y elegante como los de la antigua y renombrada raza de Tarbes, de donde era oriundo, teniendo como aquellos su elegancia y una velocidad excepcional.

Dick era célebre en el regimiento.

De Tresmes no se lo hubiera confiado ni á un primo carnal, ni tal vez á su hermano, pero á Roberto no sabía, ni podía negarle nada.

Si hubiesen vivido en tiempo de Enrique III se habrían prestado ayuda como Antragnet y Bussy en sus escaramuzas contra los misioneros y espadachines y hubieran uno por otro reparado estocadas y mandobles, lo mismo que su buena ó mala fortuna, tanto de armas, como de dinero.

Roberto acarició al brioso Dick que relinchó estrepitosamente y dió algunos saltos, como para indicar su satisfacción.

— ¡Tengo que esperaros, mi capitán?— preguntó el ordenanza teniendo el estribo.

— Como quieras. No tardaré en volver. A las dos, lo más tarde, estaré de vuelta.

— Podeis caminar á prisa, mi capitán,— dijo el soldado.— Dick está de buen humor y hace dos días que no ha salido. Su compañero es el que ha estado de servicio. ¡Buen viaje!

El dragon permaneció en la plaza, escuchando el rápido trote del caballo que se alejaba por el boulevard Haussmann.

— Estos jóvenes— se decía— pasan las noches corriendo tras las mujeres.

Yo no tengo necesidad de hacer eso para tenerlas. Es verdad que no gastan unas faldas tan rimbombantes como las de estos señoritos; pero eso no sirve para nada, y las mujeres son todas lo mismo. ¡A escape, hacia yo medio kilómetro de camino para ver á la novia! Lo que se tiene cerca, vale más que lo que se busca con tanto misterio en las tinieblas nocturnas.

Y el bueno del soldado, fiel á su consigna, volvió á la calle de Londres, donde se tendió en un sofá del vestíbulo del teniente.

Cinco minutos después roncaba como un órgano.

Dick atravesó al trote largo la Avenida de Neuilly, y no se paró para tomar aliento hasta llegar al pie del monte Valerien, al otro lado del Bosque de Bolonia.

Después de un momento de reposo volvió á emprender su vertiginosa carrera, atravesando

do á galope Ville-d'Avray y Garches, hasta llegar á un camino sombrío que le condujo á la venta de Faussees Reposes, donde existía, abierta y deshabitada, una choza de leñador.

Una vez llegado, Roberto se apeó del caballo, y sacando de su americana una cuerda, ató al valiente animal á uno de los pilares de la casa.

En seguida, á través de los campos, se dirigió al camino de Versailles que lindaba con las tapias de Bel-Air.

La noche estaba oscura y magnífica; una de esas primeras noches de verano en las que, frente á una vegetación naciente y á una naturaleza que resucita, no puede uno decidirse á cerrar la ventana á la claridad de las estrellas y al aroma de los jardines.

Los ruiseñores cantan en el follaje, y en las ramas se escuchan alegres gorjeos de todas clases y especies, de pájaros e insectos.

Roberto se paró un momento frente á la puerta.

Las tapias de aquel lado estaban cubiertas de hiedra y rodeadas de parras.

Con la llave en la mano no se atrevía á franquear una vivienda que durante su infancia le había cobijado muchas veces, y que hoy iba á profanar.

El corazón le latía con violencia.

Estuvo á punto de volverse atrás. Las palabras de su amigo le zumbaban todavía en los oídos; pero en una de las ventanas del castillo, en medio de la obscuridad, se dibujaba una sombra blanca. Aquello le decidió.

Era su cómplice que le esperaba.

La llave entró sin ruido en la cerradura, y la puerta giró sobre sus goznes.

Todo dormía en el jardín.

Joel, el perro del general, se acercó á él dando saltos y acariciándole las manos con alegres abullidos.

—Quieto, Joel.—Dijo el capitán.

En cuanto llegó á la fachada del castillo, subió sobre una silla y escaló la balaustrada que le separaba de Gabriela.

Ella estaba allí, esperándole impaciente y temblorosa, envuelta en un peinador de blanca batista.

—¿Eres tú?—murmuró.

—Ven—contestó el joven entrando en el cuarto.

—Déjame que cierre la ventana. Tenemos que hablar.

La habitación estaba débilmente alumbrada por una lamparilla.

Había como un perfume de amor que se desprendía de los muebles, de los tapices, de las cortinas de aquel *boudoir* digno de la mujer que lo habitaba.

—¿Y de qué hemos de hablar, sino de nuestro amor?—dijo el capitán rodeando con sus brazos el talle de Gabriela.—¿Qué nos importa lo demás? ¡Qué hermosa eres y cuanto te amo!

Era verdad. Gabriela estaba irresistiblemente hermosa.

—¡Ah!—continuó Roberto.—Yo haría locuras para llegar hasta tí, y cometería un crimen por poseerte.

En el momento en que estas palabras brotaban de los labios del joven, Gabriela se abandonaba á las delicias de su amor y olvidaba al

resto del mundo por los éxtasis en que la sumían los juramentos, mil veces repetidos, de Roberto.

Las últimas palabras la hicieron volver en sí.

Con un brusco movimiento se separó de los brazos de su amante; una expresión de amarga tristeza se extendió por todo su rostro.

La palabra «crimen» había hecho morir todas sus ilusiones.

—Escúchame—dijo con acento apagado.

—Sea; la noche es larga y podemos perder una hora. Todavía nos quedarán otras.

La condesa le miró fijamente.

—No—contestó meneando tristemente la cabeza,—no tenemos ninguna, y temo que nuestros más felices momentos han pasado ya.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta vida no puede durar y es preciso terminar. Esa palabra que se te ha escapado contiene una verdad amarguísima. Nuestra conducta es un crimen. Cuando no estás á mi lado te deseo, y cuando te veo quisiera alejarte á cualquier precio.

Roberto lanzó un suspiro de satisfacción.

Gabriela se adelantaba á la explicación que pensaba darle.

—Es preciso—continuó—aunque nos cueste muchos sufrimientos, poner término á la común traición. Me faltan las fuerzas para disimular más tiempo y temo que mi secreto se me escape delante de mi marido. Nuestra bajeza me repugna. Muchas veces, cuando le veo tan contento por las más insignificantes atenciones que por él tengo, me dan impulsos de decirle: No me mireis; no soy digna de vuestras bondades, que os pago en cambio con la

más infame de las acciones: cuando me besáis, pienso que debíais extrangularme ó arrojar me por el balcon.

No soy impresionable y por eso encuentro ridículas las almas románticas. Había nacido para ser simplemente una buena y honrada madre de familia y resignarme con mis prosaicos deberes; pero por culpa de nuestro contrariado amor estoy ahora obligada á representar un papel que no es el mio; á ser falsa, mentirosa y pérfida....! Me veo hundir en un abismo de vergüenza y degradación. Es necesario tener valor. Juntos nos hemos hundido, pues juntos sabremos ayudarnos mutuamente, ántes de que la sociedad se haya enterado de nuestro odioso secreto... ¡Huye, vete, todavía es tiempo!... ¡El porvenir es nuestro! Tengamos la paciencia de saber esperar.

Te voy á confiar un secreto que te probará hasta qué punto nos hace miserables esta culpable pasión y la energía que para resistirla necesitamos, si no queremos caer en el precipicio de la infamia cuyo borde comenzamos á pasar.

El general sufre de un mal que le mina interiormente. Muchas veces durante las noches ha estado á punto de ahogarse. Tal vez, no tendremos, para recobrar nuestra libertad, que esperar mucho tiempo. Yo le dulcifico la vida todo lo que puedo, trato de reparar nuestra falta comun, por todos los cuidados que mi respetuosa afección me sugiere, y sin embargo—vil y cobarde condición nuestra—algunos días casi me congratulo de su debilidad y decadencia. Estoy segura de que tú no tendrás estas cobardías. En vez de hacerme perder la

valentía, que me es tan necesaria para resistir los inhumanos pensamientos que me asaltan, al ver tu falta de valor y de fuerza, sosténme, ayúdame á pasar este camino, donde tropiezo contra todos los guijarros. ¡Aléjate! Todos los días, si quieres, escribirás al general. Yo te contestaré. Ya sé que esas cartas, mensajeras de tu corazón, estarán escritas para mí; tuya soy y jamás seré de otro; mi corazón te pertenece y haré lo que tú quieras, pero al menos conservemos el derecho de marchar con la cabeza erguida; tranquilicémos nuestras conciencias con el cumplimiento—aunque tardío—de nuestros deberes: separémonos y esperemos.

La condesa estaba inclinada hácia su amante.

Roberto, aturdido, arrullado como un niño por el canto de su nodriza, escuchaba aquella voz adorada que expresaba unos sentimientos que eran los mismos que él sentía. Estaba á la vez seducido y aterrado. Seducido por los encantos de aquella mujer divina; aterrado por la precisión de sus reflexiones.

Haciendo un esfuerzo supremo, logró sobreponerse á la fascinación que le dominaba, llevó á sus labios una mano de Gabriela y dijo:

—Tienes razón. Lo que has dicho lo pienso ya también. Parece que no tenemos más que un alma para los dos. Ya me he adelantado á tus deseos, rogando al general que me agregue á cualquier embajada, con tal que esté lejos de París. Cuando regrese obtendrá del ministro lo que hoy mismo te he pedido. Tal vez sea hoy la última vez que te veo.

—¿Qué razón le has dado?

—Yo le dije que no tenía valor para expli-

carme y de Tresmes lo ha hecho en mi lugar. Es un corazón leal y un amigo sincero. Dijo que tenía una pena secreta y que me convenría viajar, alejarme de París.

—¿Y el general ha accedido?

—Sí, pero no sin pena.

—¿Sabes, Roberto, la reflexion que se me ocurre algunas veces?

—Creo conocerla.

—¿Cuál es?

—Lo que tú piensas y temes es que el general, si llegase á sospechar de ti, conociese también al hombre que le habla engañado.

—¿No es cierto que seria un golpe terrible para él, si supiese que éramos culpables los dos? Si tu le faltases, le quedaría yo, y si yo muriese, tú le consolarías. Pero si de un golpe conociese nuestra traición, todas sus esperanzas, sus afecciones todas, se derrumbarian en la misma caída.

—Es verdad.

Gabriela sonrió.

—Eas suposiciones—continuó—son inútiles y acusan la turbacion de nuestras ideas. Terminemos de una vez. Mañana ó pasado me habré quitado un gran peso del corazón. ¿Y tú?

—Yo también. Y sin embargo no te veré más.

—Mi pensamiento te seguirá á todas partes donde vayas.

—Separarse de lo que se ama es morir ántes de tiempo.

—No, cuando nos queda la seguridad de vernos.

—Tienes razón—dijo Roberto;—tenemos ántes nosotros la juventud, el porvenir, las espe-

ranzas; olvidemos nuestras penas y pensemos en la felicidad que nos espera cuando seamos el uno para el otro.

—¿En qué has venido esta noche?—preguntó Gabriela.

—En el caballo de de Tresmes.

—¿Te quiere mucho el teniente?

—Sí.

—¿Conoce nuestro secreto?

—¿Podría yo dejar pasar un día sin hablar de ti!—exclamó Roberto con acento de dulce censura.

—¿Dónde has dejado el caballo?

—En la cabaña del leñador, á trescientos metros de aquí.

—¿Cuándo me vas á dejar?

—Cuando tú me lo mandes.

—Entonces—caballero—separémonos ahora mismo.

La sonrisa que acompañó estas palabras las desmintió.

La despedida de los dos amantes fué larga.

—Adios Gabriela—Decía Roberto.—Júrame que no olvidarás tus promesas.

—Te lo juro. Pero qué necesidad hay, puesto que no amo á nadie más que á tí?

—Me marcho. Tu amor me dará valor.

La condesa le rodeó de sus brazos como para detenerle.

En aquel momento un ligero ruido de pasos se escuchó en el vestíbulo.

El capitán, separándose bruscamente de Gabriela, se dirigió á la ventana, que abrió con precaución.

El perro ladraba en el jardín; pero al reco-

nocer á Roberto comenzó á mover la cola en señal de alegría.

Gabriela, apoyada la cabeza en la mano derecha, escuchaba inquieta los pasos que se dirigían hácia su cuarto.

Un golpe seco resonó en la puerta al mismo tiempo que la voz del general gritaba.

—¡Gabriela, abrid!

Casi muerta de miedo se arrojó en los brazos de su amante diciendo con apagada voz.

—¡Sálvate y que Dios nos proteja!

—¡Estamos perdidos!—murmuró Roberto.

—Nó. Huye y déjame. Nos terderás si continúas aquí un solo instante más.

¡Abre!—repitió el general.—¡Abre pronto!

—¡Huye!...—dijo Gabriela sin contestar—

¡huye y que no se sepa jamás que has estado en este cuarto! Es la única gracia que me atrevo á pedir á Dios.

Roberto, besándola por última vez, se descolgó por el balcón.

Por poco cae, al saltar, sobre Joel, que se lanzó á él acariciándole y ladrando de alegría.

En un segundo atravesó Roberto el jardín, y evitando las avenidas llegó á la puerta falsa del parque, donde desapareció perdiéndose entre los bosques.

—¡Gabriela!... repetía con cólera el general.—¿quieres abrir?

A fin de dar á su amante el tiempo necesario para alejarse, la condesa empleó los subterfugios de que en semejante caso suelen hacer uso aun las mujeres de menos iniciativa.

—Estaba durmiendo—decía.

Y luego, después de una pausa:

—No sé dónde he puesto la llave.

O bien:

—No os esperaba.

Por último, pálida, temblando y casi desnuda, abrió la puerta y se encontró delante de su marido.

—Hace un instante que no decís más que mentiras—dijo el general investigando el cuarto con una rápida mirada.

Gabriela guardó silencio.

El conde avanzó hasta el centro de la estancia, contempló el balcon, que permanecía abierto, se asomó á él tratando de escudriñar con la mirada los más oscuros rincones del parque.

La obscuridad era completa.

Nada vió.

Solo Joel, el fiel perro, estaba tranquilamente echado á la puerta de su caseta.

—Es extraño—pensó—Joel no ha defendido la puerta. No ha ladrado.

La condesa continuava inmóvil. Estaba petrificada.

El general reflexionó y mirándola lleno de indignación y dolor, exclamó:

—¡Aquí habia un hombre!

—Sí—Contestó únicamente Gabriela.

Roberto, llevando en el alma la muerte, galopaba camino de Paris.

## XXX

No siempre los más peligrosos venenos, son los que operan con mayor rapidez.

La carta de la princesa había producido el efecto que la rusa esperaba.

Después de estrujarla y de haberla pisoteado, el general la recogió guardándosela en la cartera.

Después el tren se puso en marcha.

Apenas habían llegado á Asnières, la carta le abrasaba como si fuese de fuego.

Ya la había sacado de la cartera y la volvió á leer una vez más.

La duda, encarnizada, horrible, comenzaba á entrar en su corazón.

No se decidía á creer la odiosa denuncia de que era objeto Gabriela, pero en la recta sencillez de su alma se preguntaba si podia existir un sér tan cobarde que inventase semejante impostura.

Comenzó sospechando que tal vez por igno-

rancia, Gabriela había cometido alguna ligereza mal interpretada, una de esas inconsecuencias de las que en el mundo se aprovecha para críticas crueles y deshonrosas.

Se dijo que debía interrogarla, y no dudó que ella le confesaría con toda sinceridad las cosas, sin duda insignificantes, de que tuviera que arrepentirse.

Luego recordó las asiduidades de Riozares, sus conversaciones íntimas con la condesa, la evidente hostilidad, que Roberto no trataba de ocultar al noble español y los deseos de alejarse manifestados por el capitán.

Entonces pensó con terror en esas aventuras que tanto se comentan en la alta sociedad, y se figuró que no estaba en lo justo al creerse más privilegiado que los demás.

Era evidente que Gabriela guardaba con él toda clase de atenciones; pero tal vez, pensaba, todos esos cuidados, esas delicadezas, esas pruebas de ternura, no tenían más fin que el de cerrarle los ojos y ocultar las intrigas, á las cuales se inclinan tanto las mujeres desde el pecado de nuestra primera madre.

Recordó los sarcasmos que se suelen hacer de los maridos confiados, sarcasmos que él mismo, algunas veces, se había complacido en divulgar.

La hermosura de Gabriela le asustó.

Los triunfos obtenidos por su mujer que tanto le enorgullecían, trocáronse en nuevo manantial de dudas, y poco á poco, lentamente, fué perdiendo la tranquilidad, hasta que únicamente llegó á hacerse la siguiente pregunta:

—¿Quién será?

Las estaciones pasaban con la rapidez del rayo.

Maissions Laffitte ya estaba lejos, Conflans había desaparecido, y el tren se paró en Poissy.

—Vamos—dijo el general á su fiel Jacobo que comenzaba á dormitar mecido por el balanceo del vagón.

—¿Dónde estamos, mi general?—preguntó al criado cuando bajaron al andén.

—En Poissy. Tenemos que volver á Bel-Air á recoger unos objetos que he olvidado.

Ya no había trenes para París; pero un carricóche, viejo y desvenecijado, se comprometió mediante veinticico francos, á conducir los viajeros á su destino.

Apenas el general se instaló en los deteriorados asientos del vehículo, cuando se arrepintió amargamente de no haber continuado su camino.

Se preguntaba la manera de que se valdría para presentarse á su mujer, y golpeábase el pecho pensando en el ridiculo papel de marido celoso que, sin motivo, iba á representar.

La sola sospecha de que su mujer fuese culpable, le pareció una monstruosidad que no merecía indulgencia, y el bueno del general se devanaba los sesos para encontrar un pretexto plausible que explicase su brusca llegada.

Aquel viaje por senderos y caminos extraños á través de la obscuridad, en un coche de casua idad, le parecia indigno de un hombre de sus años.

Arrepentido y humillado, llegó á las verjas del parque, después de dos horas y media de camino.

Solo, lleno de confusion, como el colegial

que ha cometido una falta y busca una excusa para no ser castigado por sus maestros, el general entró en el vestíbulo de su casa.

El profundo silencio que reinaba en toda ella, le había tranquilizado sobre las dudas que ya no tenía, y con perfecta tranquilidad de ánimo llamó la primera vez á la puerta de la condesa.

Lo que pasó, por sabido se calla.

## XXXI

Al oír la respuesta afirmativa de Gabriela, el general vaciló como si hubiese recibido una herida mortal.

A pesar de haber esperado á la puerta, á pesar de los ruidos escuchados, del balcón abierto, de la turbación de su mujer y del desorden del cuarto, el infortunado conde quería aún dudar de su desgracia.

Si Gabriela hubiera sido menos altiva de carácter y más concedora de las supercherías de las mujeres que faltan á sus deberes conyugales, y hubiera tenido la audacia, á pesar de la evidencia, de negar su falta, el anciano, asiéndose al más leve punto de apoyo para no sumirse en el más profundo desconsuelo, habría hecho sobrehumanos esfuerzos para no creerla culpable: tenía reservado un tesoro de indulgencia para absolverla y perdonarla.

Ante aquella revelación súbita, se dejó caer en una silla ocultando la cabeza entre las manos.